
SERIE TIEMPO DE BUSCAR
Cuando no sabemos qué decir
Consolar a alguien que está sufriendo

CONTENIDO

Momentos incómodos.....2

El padre del año.....3

Las acusaciones de Satanás.....4

La fe de Job puesta a prueba.....6

Consolar a alguien que está sufriendo.....14

¿Qué decimos?.....19

Enfrentar el misterio del sufrimiento.....30

Tender la mano.....31

CUANDO NO SABEMOS QUÉ DECIR

Un antiguo proverbio dice: «Aun el necio, cuando calla, es contado por sabio» (Proverbios 17:28). Una versión moderna de dicho pensamiento dice, «Mejor es mantener la boca cerrada y que crean que eres un tonto, que abrirla y que no quede la menor duda».

Pero, ¿qué pasa con aquellos momentos en la vida en que no se trata de nosotros? ¿Qué sucede con esos terribles momentos cuando nuestros amigos están sufriendo y todo nuestro ser quiere ofrecer palabras de consuelo y aliento?

Para esas circunstancias es que el autor Roy Clark recurre a toda una vida de experiencia y asesoría pastoral, a fin de ayudarnos en esos momentos cuando no sabemos qué decir.

Martin R. De Haan II

Título del Original: *When You Don't Know What to Say*
Foto de la cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood
Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.

© 2009 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

ISBN: 978-1-60485-066-6
SPANISH
Printed in USA

MOMENTOS INCÓMODOS

A mi padre le encantaban los postres. En los años 40, uno de sus lugares favoritos para hacer una parada era la pastelería llamada «Las Rosquillas de Freddy». Un día en particular, estaba yo con él cuando, después de escoger una docena de rosquillas, entró en el automóvil y me dijo que teníamos que hacer otra parada de camino a casa. Un compañero de trabajo en el banco había fallecido e íbamos a visitar a la familia en la funeraria.

Cuando estacionamos, mi padre apagó el motor y simplemente se quedó allí sentado durante un rato que pareció una eternidad, aunque probablemente sólo fueron tres o cuatro minutos. Finalmente, le pregunté si iba a entrar a la casa funeraria. Con un gemido, puso la cabeza sobre el volante y dijo: «No sé qué decir».

Las casas funerarias eran una lucha terrible para papá. Tal vez porque su mamá había fallecido cuando él era muy joven, la muerte era un doloroso recordatorio de la pérdida del amor de su madre. Finalmente, entró, pero cuando regresó al automóvil, estuvo en silencio durante todo el camino a casa.

Al igual que esa situación con mi padre, hay muchos momentos incómodos y a veces dolorosos en la vida en que simplemente no sabemos qué decir. Por ejemplo:

- Una amiga recibe la noticia de que su cáncer está en fase terminal. Sabemos que debemos ir al hospital a verla, pero no sabemos qué decir.
- Una familia de la iglesia está soportando la agonía del suicidio de su hijo. Aunque ha regresado a la congregación, la evitamos porque no sabemos cómo acercarnos a ella.

- El divorcio de un hombre ya se concretó y es el primer domingo de vuelta en la iglesia desde que se dictó la sentencia. Está de pie en un rincón del vestíbulo preguntándose si alguien lo saludará. Docenas de personas pasan disparadas por su lado sin hablar porque no saben qué decir.

Estos casos me recuerdan a los tres amigos de Job que escucharon su sufrimiento y fueron a hacer duelo con él y consolarlo. Estuvieron callados durante siete días, pero, cuando el silencio finalmente se rompió, se hizo obvio que simplemente no sabían qué decir.

Si usted quiere ser una persona que ofrece consuelo, que ayuda en vez de herir y que se compromete en vez de ignorar, debe considerar los seis primeros capítulos de la historia de Job. Allí aprendemos qué decir —y qué no— en esos momentos en que se necesita tan desesperadamente una palabra de aliento.

EL PADRE DEL AÑO

Si hubiera habido un premio en la antigua tierra de Uz a «el padre más destacado del oriente», Job se hubiera llevado el premio muy fácilmente. Su historia comienza con expresiones superlativas, que ilustran el retrato de un hombre de carácter íntegro que vivía una vida ideal. Desde el punto de vista financiero, era muy rico. Desde el punto de vista espiritual, caminaba con Dios y oraba habitualmente por sus diez hijos.

No habría habido necesidad de consuelo de parte de sus amigos si ése hubiese sido todo el cuadro. Pero siempre aparece lo que llamamos «el resto de la historia». El autor de la épica de Job levanta el telón para

mostrar una conversación que tuvo lugar en el cielo entre Dios y Satanás. Y, después de ese diálogo, la vida de este hombre jamás volvería a ser igual.

LAS ACUSACIONES DE SATANÁS

Cuando leemos el primer capítulo de Job, escuchamos una conversación que tuvo lugar en el cielo hace miles de años entre Dios y Satanás. En este diálogo sobrenatural, aprendemos mucho acerca del diablo. En Apocalipsis 12:10, a Satanás se lo llama el «acusador de nuestros hermanos», y eso es exactamente lo que estaba haciendo en Job 1. Había estado deambulando por la tierra observando las fallas de una raza humana caída.

¿La respuesta de Dios? Invitó a Su adversario a escudriñar la vida de Job y a prestar especial atención a su carácter:

> *¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? (1:8).*

Arrinconado, Satanás respondió acusando a Dios de tener favoritos. Le dijo que la lealtad de Job no era auténtica sino el resultado de que el Señor había levando un cerco protector de bendición alrededor de él y su familia. Job tenía una gran familia, extensos rebaños y mucho dinero. ¿Quién no adoraría a un Dios que le da todo lo que siempre soñó?

¿El desafío de Satanás a Dios?

> *Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia (1:11).*

Miles de años después, leemos la historia sin el sobrecogimiento que se

merece. Puede que hayamos escuchado la historia tantas veces que nuestros oídos se hayan vuelto insensibles ante la chocante respuesta de Dios. El Señor permitió a Satanás que atacara el bienestar de Job. Para asegurarse, puso un límite que prohibía al enemigo quitarle la vida a Job. Pero a Satanás se le permitió un amplio margen de acción.

Al leer acerca de cómo Satanás desató una tormenta de adversidad en la vida de Job, debemos recordar que nosotros sabemos algo que este hombre no sabía. No sabía nada acerca de la conversación celestial que se relata en Job 1. Estaba experimentando el colapso del cerco de bendición debido a un desafío entre Dios y Satanás. Philip Yancey ilustra esto en su libro *Decepcionado por Dios*:

> Tal vez nos ayude pensar en el libro de Job como en una obra de misterio, una historia de suspenso o una novela policíaca. Antes de que la obra misma comience, nosotros, el público, logramos ver un pre-estreno, como si hubiésemos llegado pronto a una conferencia de prensa en la que el director explica su obra (capítulos 1–2). Relata la trama y describe a los personajes principales, luego nos da un avance de quién hizo qué en la obra y por qué. De hecho, resuelve todos los misterios en la obra excepto uno: ¿Cómo responderá el personaje principal? ¿Confiará Job en Dios o le negará?
>
> Más tarde, cuando se levanta el telón, sólo vemos a los actores en el escenario. Confinados dentro de la trama de la obra, no tienen conocimiento de lo que el director nos ha dicho en el pre-estreno. Nosotros conocemos la respuesta a las preguntas «de novela policíaca», pero el

detective estrella, Job, no las conoce. Pasa todo su tiempo en escena tratando de descubrir lo que nosotros ya sabemos…

¿Qué fue lo que Job hizo mal? Nada. Él representa a lo mejor de lo mejor de la especie. ¿Acaso no llamó Dios mismo a Job «perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal»? ¿Por qué, entonces, está sufriendo Job? No por castigo. Todo lo contrario, Job ha sido seleccionado como el actor principal en una gran lucha del cielo (Zondervan 1992, pp.163-164).

A menudo, recurrimos al libro de Job para tratar de encontrar respuestas definitivas al problema del sufrimiento humano, pero allí no las hallaremos. En cambio, descubrimos una historia acerca de la fe constante en Dios en medio de un huracán de tribulación con la fuerza del Katrina.

LA FE DE JOB PUESTA A PRUEBA

El teléfono sonó como a las diez de la mañana. Jim, nuestro hijo mayor, estaba llamando desde Indiana. Su voz temblaba de emoción mientras describía cómo nuestro hijo menor, Dave, había entrado en una tienda donde había ladrones robando en ese momento. En medio de sus sollozos, surgieron los detalles de que a Dave le habían disparado dos veces, una bala en cada brazo. Estaba en el hospital.

Condujimos hasta Indiana en tiempo récord. Cuando llegamos al hospital, encontramos a un policía haciendo guardia a la puerta de la habitación de Dave. Una vez que se nos permitió entrar, Dave relató su historia. Al percibir su angustia, leímos el Salmo 91 juntos en busca de consuelo y aliento. Sin

embargo, los versículos 10 y 11 nos hicieron dudar:

> *No te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada. Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos.*

Dave señaló sus heridas, y preguntó, «¿Y qué pasa con esto?» Nuestra fe en un Dios vigilante estaba siendo puesta a prueba.

De manera similar, la fe de Job fue puesta a prueba cuando una serie increíble de pérdidas se sucedieron rápidamente y todo su mundo se le derrumbó encima.

Entonces, ¿qué fue lo que perdió?

SUS POSESIONES

Se hacía referencia a Job como un «varón más grande que todos los orientales» (1:3), y el autor del libro nos cuenta por qué era digno de ese título. En el mundo antiguo, la riqueza de una persona se determinaba por el tamaño de sus rebaños y majadas. Y nadie tenía más que este hombre: 7000 ovejas, 3000 camellos, 1000 bueyes y 500 asnas. Job tal vez tenía enormes extensiones de tierras de pastoreo para cuidar estos 11.500 animales. Pero la historia indica que todo desapareció en tan sólo un día. Los mensajeros vinieron a Job y le dijeron:

> *Y acometieron [contra los bueyes y las asnas] los sabeos y los tomaron […] fuego de Dios cayó del cielo y quemó las ovejas y a los pastores, y los consumió […] los caldeos hicieron tres escuadrones, y arremetieron contra los camellos y se los llevaron (1:15,17).*

La pérdida de Job me recuerda a lo que pasó cuando los más ricos especuladores de acciones de la bolsa financiera de los Estados Unidos (en Wall Street) quedaron desplumados en cuestión de horas con el colapso del mercado de valores en octubre de 1929. Algunos comenzaron a arrojarse por

las ventanas de las oficinas. Exmillonarios se encontraron haciendo cola para recibir pan. Y la vida se puso patas arriba para todos.

En nuestros días, cuando las compañías están sujetas a fusiones, reasignaciones y reducciones, muchas personas encuentran un «papelito rosado» en el buzón de su lugar de trabajo, o en el sobre de su paga, donde se les comunica que la compañía ha decidido prescindir de sus servicios. En cada uno de estos casos, los creyentes que se ven enfrentados con estos dilemas tienen que encarar una prueba muy real de su fe en Dios.

Sin embargo, la pérdida de la riqueza y las posesiones no fue lo peor que le pasó a Job.

SUS HIJOS

Además de sus grandes rebaños y majadas, Job también tenía una gran familia con diez hijos: siete varones y tres mujeres. Parece que estos hijos adultos eran muy unidos, porque con frecuencia festejaban juntos. Algunos creen que cada hijo varón tenía un día específico de la semana para ser el anfitrión de la fiesta diaria (1:4).

Sin embargo, a Job le preocupaba que sus hijos pecaran contra Dios durante sus celebraciones. Así que se levantaba temprano en la mañana para orar por todos sus hijos y ofrecer holocaustos en nombre de ellos (1:5), sirviendo como el sacerdote familiar.

Durante una de estas fiestas familiares ocurrió una tragedia y murieron sus diez hijos, Un mensajero trajo la noticia:

> *Y un gran viento vino del lado del desierto y azotó las cuatro esquinas de la casa, la cual cayó sobre los jóvenes, y murieron (1:19).*

Job quedó devastado. Su mundo se estaba desmoronando. Primero, su riqueza se había evaporado,

y ahora todos sus hijos le habían sido arrebatados.

Hace varios años recibí la llamada telefónica de un líder de la iglesia donde yo era pastor en Michigan. Su hermana y la familia de ella habían sufrido un terrible accidente. Era un miércoles por la noche, estaba lloviendo y ella llevaba a sus tres hijas a la iglesia en el automóvil. Justo cuando estaba entrando al estacionamiento de la iglesia, otro vehículo chocó contra el suyo. Las tres niñas murieron, pero la madre sobrevivió. Le pidieron a mi amigo que dijera unas palabras de despedida para sus tres sobrinas. Su llamada era para preguntarme si podría ayudarle a redactar lo que debía decir.

Mi esposa y yo fuimos al funeral. Al igual que Job, estos padres acongojados habían perdido a todos sus hijos. Cientos de personas estaban sollozando. Esa tarde comencé a entender la profundidad de la pérdida de Job.

Hace muy poco, durante un culto dominical vespertino, volví a pensar en Job y la pérdida de sus hijos. Estábamos cantando una canción escrita por Beth y Matt Redman, titulada «Bendito Sea Tu Nombre». La letra reflejaba el misterio de semejante pérdida:

Bendito sea tu nombre,
cuando el sol brille sobre mí,
cuando el mundo sea
«como debe ser».
Bendito sea tu nombre,
bendito sea tu nombre,
en el camino marcado con
sufrimiento, aunque haya
dolor en la ofrenda,
bendito sea tu nombre.
Los autores tal vez leyeron
la historia de Job antes
de escribir el coro:
Tú das y quitas, tú das
y quitas, pero la elección
de mi corazón será decir,
«Señor, bendito sea tu nombre».

Esta fue la asombrosa respuesta de Job a la pasmosa pérdida de sus diez hijos. Leemos en Job 1:20-21:

Entonces Job se levantó, y rasgó su manto, y rasuró su cabeza, y se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.

Cuando escuché esas palabras de confianza casi desesperada, tuve que decir: «Job, eres mejor hombre de lo que yo soy». ¿Por qué? Entre 1963 y 1979, la familia de mi primera esposa fue atacada por el cáncer. Perdí a mi suegra, luego a una cuñada, después a mi suegro. Finalmente, en 1979, mi esposa sucumbió ante dicha enfermedad. Toda una familia se fue. Todos eran cristianos, incluso líderes en la iglesia.

Así como Jesús fue al huerto de Getsemaní para orar en Su hora de agonía, yo había estado de rodillas rogándole a Dios que quitara la copa de sufrimiento de mi familia, pero todos murieron. Con toda honestidad, no respondí con la plena confianza de Job. Simplemente seguía exclamando, «¿Por qué?» Esa es una pregunta común que hacen los que están sufriendo como así también los miembros de su familia.

Job pasó las primeras pruebas de su confianza en Dios, así que el enemigo decidió aumentar la intensidad con sucesos aún más adversos.

SU SALUD

Después de la pérdida de sus posesiones y de sus hijos, Job enfrentó el siguiente desafío de su fe: un ataque a su salud. Esto se inició otro día, con otro diálogo y, por si fuera poco, otra arremetida de parte de Satanás:

Respondiendo Satanás, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida. Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia (2:4-5).

El Señor le dio a Satanás permiso para tocar la salud de Job con la condición de mantenerle con vida.

> *Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza. Y tomaba Job un tiesto para rascarse con él, y estaba sentado en medio de ceniza (vv.7-8).*

David Atkinson escribe acerca del último ataque del enemigo:

> La enfermedad se añade a todas las demás pruebas que Job tiene que enfrentar. Con el permiso de Dios, Satanás aflige a Job con esta enfermedad intolerablemente repugnante. La descripción para las dolorosas llagas (2:7) que se extendían desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza varían desde una especie de lepra hasta la elefantiasis. Job se va hacia donde van los leprosos: el montón de ceniza en las afueras de la ciudad, donde se rasca las llagas con un pedazo de cerámica rota. Él, que era rico, ahora se ha vuelto pobre (*The Message of Job [El mensaje de Job]*, Editorial InterVarsity Press, 1991, p.24).

Puede que usted tenga a un ser querido que está sufriendo. Y aun cuando puede que él o ella no hayan pasado por la prueba de la pérdida de posesiones ni de hijos, tal vez esté actualmente enfrentando ahora la pérdida de su salud. Puede que haya tenido un chequeo general y haya estado esperando los resultados ansiosamente. Cuando llegó la llamada del médico que indicaba que había encontrado algo, probablemente se hizo tres preguntas penetrantes:

- ¿Por qué a mí?
- ¿Por qué esto?
- ¿Por qué ahora?

Tal vez este ser querido esté ahora en tratamiento por

cáncer, pero cada vez que se programa una sesión de quimioterapia o radioterapia, él o ella sienten el eco de algunas de las preguntas que hizo el salmista en el Salmo 77:

> *¿Desechará el Señor para siempre, y no volverá más a sernos propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha acabado perpetuamente su promesa? (vv.7-8).*

Está haciendo preguntas porque está pasando por pruebas. Esa es una reacción natural, no sólo para aquellos que están siendo probados, sino también para sus seres queridos.

Esto lleva a una prueba aún más personal, que se añade al sufrimiento de Job.

SU MATRIMONIO

La esposa de Job debía estar terriblemente confundida al ver toda la carga de pérdidas que se vertía sobre su familia. Después de todo, su esposo era un hombre bueno y honorable; un hombre de oración, un guerrero, un proveedor y un protector. ¿Por qué tenían que caer estas tragedias sobre alguien como Job?

En su libro *Too Good To Be True (Demasiado Bueno para Ser Cierto)*, Michael Horton, comparte su confusión personal al presenciar el sufrimiento cada vez mayor de sus piadosos padres. Él escribe:

> A la edad de 78 años, a James Horton le habían diagnosticado un tumor cerebral benigno que requería de cirugía inmediata […] Esta operación salió mal y, antes de que pasara mucho tiempo, nos dimos cuenta de que mi padre no se recuperaría […] El pilar de la familia, mi madre, estaba de aquí para allá junto a su lecho, acomodándole las almohadas nerviosamente cada 15 minutos […] Luego, justo dos meses antes de la muerte de mi

> padre, mamá sufrió un derrame cerebral masivo mientras yo la estaba llevando en el automóvil después del entierro de su hermana, donde ella había dado un conmovedor panegírico. Esta mujer fuerte y compasiva, que había dado su vida a los niños desfavorecidos y a los ancianos abandonados de la ciudad, dependía ahora de los demás […] En mis momentos más oscuros, me preguntaba por qué Dios les permitió experimentar las peores circunstancias en la última escena de la obra de sus vidas […] ¿Acaso las personas cuyas vidas giraban en torno a dar a los demás, en especial a los ancianos, no debían tener un momento de descanso y paz en cuanto a *cómo* dejar este mundo? (Zondervan, 2006, pp.12-13).

Este mismo espíritu cuestionador debió asaltar a la esposa de Job cuando un día salió al montículo de cenizas y vio el lastimero espectáculo de su esposo con todas esas llagas. Esto simplemente fue demasiado para ella, así que dijo: «Maldice a Dios, y muérete» (2:9).

El famoso pastor británico G. Campbell Morgan comentó que sólo aquellos que han estado junto al lecho de un ser querido sufriente comprenderán plenamente el corazón de la esposa de Job. Es el llanto de alguien unido por amor a la persona que está enferma, el cual exclama: «No puedo soportar verte sufrir un día más».

Creo que esta es la prueba más severa que enfrentó Job. El enemigo puso las palabras del desafío entre Dios y Satanás en los labios de alguien a quien Job amaba. ¡Qué listo! Los ángeles tal vez se inclinaron sobre los parapetos del cielo, conteniendo el aliento, para ver si Job finalmente se derrumbaba.

Pero Job respondió a su angustiada esposa diciéndole:

Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? (2:10).

Puede que la esposa de Job haya estado molesta con Dios, pero tenemos que recordar que Él puede manejar nuestra ira. Este honesto intercambio de emociones entre Job y su esposa subraya la credibilidad de esta historia. Sí, los personajes de la Biblia se enfadaban con Dios, y unos con otros.

Debió de haber sido indescriptiblemente difícil para Job perder sus posesiones, su familia y su salud. Al principio respondió con fe, pero luego cayó en un torbellino de desesperación.

¿Qué hacemos cuando tenemos un amigo que está sufriendo y desesperado? ¿Qué decimos?

CONSOLAR A ALGUIEN QUE ESTÁ SUFRIENDO

Los tres amigos de Job, Elifaz, Bildad y Zofar, se enteraron de las luchas de Job e hicieron planes para visitarlo. Cuando lo vieron en el montículo de cenizas de la aldea, Job quizá se sentía desesperadamente solo. Al principio, sus amigos hicieron algunas cosas buenas (2:12-13), pero más adelante en la historia, Job los llama «consoladores molestos». Sin embargo, veamos varias lecciones positivas que podemos aprender de estos hombres en cuanto a cómo consolar a alguien que está sufriendo.

OFREZCAMOS NUESTRA PRESENCIA

Y tres amigos de Job, Elifaz temanita, Bildad suhita, y Zofar naamatita, luego que oyeron todo este mal

que le había sobrevenido, vinieron cada uno de su lugar; porque habían convenido en venir juntos para condolerse de él y para consolarle (2:11).

A los amigos de Job les representó un costo venir a ver a su amigo que estaba sufriendo: dinero para el trayecto, un cambio de rutina y tiempo para que los tres se conectaran de manera coordinada en alguna otra aldea para emprender juntos el viaje. Todo esto requirió esfuerzo y gastos. Aun así, fueron a ver a Job.

Ellos me recuerdan la historia que está registrada en Marcos 2. Esta vez se trata de cuatro hombres que están dispuestos a ayudar a un amigo cuyo nombre no se menciona y que es lisiado. Max Lucado ilustra la escena del Nuevo Testamento en su libro *Todavía Remueve Piedras*:

> Sus pies colgaban como ornamentos al final de sus piernas […] podía ver sus extremidades, pero no podía sentirlas […] alguien tenía que lavarle el rostro y bañarlo. No podía sonarse la nariz o salir a caminar […] 'Lo que necesita es un cuerpo nuevo' diría cualquier hombre con dos dedos de frente (Thomas Nelson, 1999, p.108).

Cuando Jesús regresó a Capernaum para una segunda visita, cuatro amigos de este lisiado se acercaron a él, y le dijeron: «¡Te vamos a llevar donde está Jesús! Y nada los detuvo de su misión. ¿Su estrategia? «Si no podemos pasar por entre la multitud, simplemente abriremos el techo para hacerte llegar hasta Él». Lo llevaron ante Jesús sobre un camastro, pero regresó a casa caminando con piernas nuevas… y con sus pecados perdonados.

Puede que a usted no le sea fácil tomar la decisión de visitar a un amigo que está sufriendo. Pero él o ella necesitan a alguien cerca que se preocupe. Así

que, si el Espíritu de Dios lo insta a ir, debe hacerlo, aun cuando sea inconveniente o poco práctico. Los amigos de Job sintieron una imperiosa fuerza que los arrastraba a estar al lado de su amigo, y respondieron.

SENTÉMONOS EN SILENCIO

> *Alzando los ojos desde lejos, no lo conocieron, y lloraron a gritos; y cada uno de ellos rasgó su manto, y los tres esparcieron polvo sobre sus cabezas hacia el cielo. Así se sentaron con él en tierra por siete días y siete noches, y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande (2:12-13).*

Los amigos de Job expresaron su dolor a la manera típica del Medio Oriente: llorando, rasgando sus ropas y esparciendo polvo sobre sus cabezas. ¡Luego permanecieron en silencio a su lado durante siete días y siete noches!

Con la adicción del siglo XXI a la música, la conversación, la televisión y la radio, nos resulta difícil imaginar esa semana de silencio de Job y sus amigos. Pero no hay nada de malo en el silencio. Cuando nos enfrentamos cara a cara con el sufrimiento, no necesitamos tener temor del silencio. No vamos para «arreglar las cosas» o como expertos teólogos, sino como alguien que se preocupa.

El silencio puede potenciar la unión entre nuestro corazón y el del que sufre. Muchas personas que han estado pasando por una pena han dado testimonio de que la visita más memorable que recibieron fue la de alguien que los abrazó, se sentó en silencio y se fue diciendo simplemente: «Te quiero».

Stanley Hauerwas escribió un libro titulado *Suffering Presence (Presencia Sufriente)* donde habla bellamente acerca del ministerio del silencio. Su amigo Bob estaba

tratando de recuperarse del dolor causado por el suicidio de su madre, y Stanley le tenía pavor a la sola idea de ir a visitarlo. Al igual que muchos otros, simplemente no sabía qué decir. Entonces, simplemente se sentó en silencio junto a Bob.

Cuando nos enfrentamos cara a cara con el sufrimiento, no necesitamos tener temor del silencio… El silencio puede potenciar la unión entre nuestro corazón y el corazón del que sufre.

Meditando, Hauerwas comprendió que tan sólo su presencia era lo que su amigo más quería y necesitaba. No hubo intentos vanos de explicar la psicología de la tragedia del suicidio. No hubo especulación ni debate teológico. Simplemente, había una persona que había decidido estar presente, actuando en silencio como un bálsamo de compasión para el corazón herido de su amigo. Esa es una de las cosas que los amigos de Job hicieron bien […] y nosotros también podemos hacerlo.

ESCUCHEMOS

Siguiendo las costumbres de cortesía en el Medio Oriente, los visitantes de Job esperaron que su amigo sufriente hablara primero. Después de una semana de silencio, Job finalmente comenzó a hablar desde su corazón (3:1). Y ellos escucharon.

El capítulo 3 registra la trágica realidad: Job habría deseado estar muerto. Me alegra que esto sea una parte de la historia de Job. Si Job 1:21 («Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito») es una

expresión de *espiritualidad* heroica, entonces el cap. 3 es un clamor sincero de desesperación que revela la *humanidad* de Job. En este capítulo, Job preguntó siete veces: «¿Por qué?» (3:11,12,16,20,23). Esa palabra resuena en nuestros corazones porque todo aquel que sufre está propenso a preguntar: «¿Por qué?»

¿Cuán profunda era la desesperación de Job? Era lo suficientemente grave como para que él maldijera su propio nacimiento (v.1). Era lo suficientemente profunda como para que deseara haber muerto al nacer (v.11). Era lo suficientemente dolorosa como para anhelar la muerte (v.21). Después de todas estas expresiones de su profundo deseo de morir, las palabras finales de Job revelan los sentimientos de depresión e ira, que siempre van de la mano. Job revela esta ira hacia Dios cuando dice:

> *¿Por qué se da vida al hombre que no sabe por donde ha de ir, y a quien Dios ha encerrado? (v.23).*

Los amigos de Job escucharon por un tiempo sus quejas, preguntas y declaraciones desesperadas. Pero, desgraciadamente, parece que, en vez de escuchar la agitación en el corazón de este pobre hombre, estos amigos se dedicaron a componer respuestas teológicas a su problema.

A los hombres normalmente se los conoce como que quieren «arreglar las cosas», y los tres amigos de Job estaban decididos a arreglar su dilema. Pero pasaron por alto el problema del corazón. Yo entiendo eso. Hubo una época, a principios de mi primer matrimonio, cuando mi esposa luchaba con algunas cosas y, con frecuencia, eso nos mantenía despiertos hasta bien entrada la noche. Algunas veces, al igual que los visitantes de Job,

me «sacaba de sintonía» y mentalmente componía una lista de versículos que estaba convencido de que arreglarían su problema. Me llevó varios años comenzar a escuchar el corazón de mi esposa.

Si usted estuviese con Job y escuchara sus palabras, ¿cómo lo ayudaría? Si escuchara su depresión, confusión, ira y temor, ¿qué diría usted?

¿Diagnosticaría y haría la disección? O, después de haber escuchado toda su gama de emociones, simplemente diría: «No tengo una respuesta al complejo problema del sufrimiento humano,pero escucharé tu corazón. Me preocupo profundamente por ti en este momento de dolor. ¡Aquí estoy a tu disposición!»

Escuchar a nuestros amigos y escoger nuestras palabras con consideración sería muchísimo mejor que las expresiones cáusticas con que sus amigos comenzaron a atacar a Job en el capítulo 4.

¿QUÉ DECIMOS?

Los amigos de Job habían estado con él durante una semana. Lloraron y escucharon, pero pasaron por alto el corazón de este hombre sufriente sentado sobre su montículo de cenizas. Estaba quebrantado emocional y físicamente. Ahora los tres amigos que se habían dispuesto a hacer bien y ofrecer consuelo se convirtieron en ejemplos de lo que no se debe decir ni hacer.

NO ASUMAMOS EL PAPEL DE DIOS

Elifaz fue el primer amigo en hablar. Comenzó su discurso reconociendo que Job había ayudado a muchas personas con buenos consejos (4:3-4). Pero luego, rápidamente, lo acusó de no dejarse enseñar. Recibió al sufriente con una reprimenda:

Mas ahora que el [sufrimiento] ha venido sobre ti, te desalientas;

y cuando ha llegado hasta ti, te turbas (4:5).

Después de la reprimenda, Elifaz cometió otro gran error y, al hacerlo, se convirtió en el predecesor de otras miles de personas que también lo cometen. Hizo el papel de Dios en la vida de Job. Escuchemos lo que dice:

Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido? Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos? Como yo he visto, los que aran la iniquidad y siembran injuria, la siegan (4:7-8).

Elifaz tomó la profunda y compleja cuestión del sufrimiento humano y comprimió la respuesta en un lindo paquetito: «Estás sufriendo porque pecaste».

En un sentido, tenía razón. Vivimos en un universo moral. La enseñanza general de que cosechamos lo que sembramos ciertamente se enseña en el Salmo 1 y en Gálatas 6:7, «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará». Pero en otro sentido, estaba equivocado. Elifaz llegó a la errada conclusión de que todo el sufrimiento en nuestras vidas es resultado de nuestro pecado. Trató de incorporar a Job en el marco de su pensamiento, y lo acusó de ser un pecador secreto en su vida privada.

Tenemos que abstenernos de intentar explicar lo inexplicable. Cuando tratamos de ofrecer respuestas que sólo Dios puede dar, estamos asumiendo el papel de Dios.

El Dr. A. T. Pierson, al escribir sobre el problema del sufrimiento en su libro *The Bible And Spiritual Life*

(La Biblia y la Vida Espiritual), nos recuerda que no hay respuestas fáciles:

- Parte del sufrimiento viene porque estamos viviendo en un mundo caído.
- Los problemas aparecen algunas veces porque Dios está formando nuestro carácter.
- Otras luchas se nos presentan simplemente porque somos cristianos.
- Algunas veces, nuestro sufrimiento, al igual que el aguijón de Pablo en la carne, nos está enseñando a depender del poder de Dios.

A menudo, cuando las personas sufren, están confundidas y luchando con lo que se les ha enseñado acerca del amor de Dios y la tragedia personal que están enfrentando, sentimos que algo tiene que decirse al respecto. Creemos que debe darse alguna explicación para aliviar su dolor. Pero tenemos que abstenernos de intentar explicar lo inexplicable. Cuando tratamos de ofrecer respuestas que sólo Dios puede dar, estamos asumiento el papel de Dios.

Hay un antiguo himno que comienza con las palabras: «Si pudiéramos ver más allá de hoy como Dios puede hacerlo». Pero no podemos. ¡Así que, las respuestas fáciles e improvisadas para tratar de resolver la confusión de aquellos que están sufriendo sólo añaden dolor a las heridas de quienes ya están heridos! Debemos evitar cruzar la línea hasta el punto de asumir el papel de Dios. Sólo nuestro Señor soberano y amoroso conoce las razones del sufrimiento de alguien. Él es el único que sabe Su propósito y plan.

Hay algunos discípulos modernos de Elifaz en nuestras iglesias del siglo XXI. Aunque son personas bien intencionadas, se las puede ver en los hospitales haciendo el papel de Dios y explicando a los enfermos

por qué el techo se les cayó encima. Citan las Escrituras a los pacientes en sus lechos de dolor e intentan desentrañar misterios. ¿No sería más sabio simplemente dejar que Dios sea Dios?

No actuemos como si conociéramos la mente del Señor en cuanto a las razones del sufrimiento de otra persona. No asumamos el papel de Dios.

NO SEAMOS SUPERFICIALES

Elifaz prosiguió diciéndole a Job que la verdad simple y llana era que los inocentes no sufren. Describió una visión que había tenido en la noche que demostraba por qué Job estaba sufriendo: él era culpable de pecado.

> *El asunto también era a mí oculto; mas mi oído ha percibido algo de ello. En imaginaciones de visiones nocturnas, cuando el sueño cae sobre los hombres, me sobrevino un espanto y un temblor, que estremeció todos mis huesos; y al pasar un espíritu por delante de mí, hizo que se erizara el pelo de mi cuerpo […] Oí que decía: ¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varon más limpio que el que lo hizo? (4:12-17).*

Job, que había experimentado pérdidas tremendas, no necesitaba consejos basados en sueños y visiones. Necesitaba un consuelo sólido, no de dichos superficiales ni frases hechas.

El 16 de abril del 2007, Estados Unidos experimentó la peor masacre a tiros de su historia en los últimos tiempos. Virginia Tech, una universidad situada en la ciudad rural de Blacksburg, Virginia, se encuentra en el lugar más tranquilo que jamás se pudiera imaginar. Sin embargo, mientras se suponía que Tech tenía una mañana de clases normales de primavera, los canales de noticias por cable comenzaron a llenarse

de «noticias de último momento». Un joven y atribulado estudiante, con un historial de problemas emocionales, entró en dos de los edificios de la universidad con escopetas y disparó unas 170 veces. Mató a 32 estudiantes y miembros del cuerpo docente antes de apuntarse a sí mismo. Este espeluznante acto de violencia sacudió la mañana apacible de un lunes y produjo un dolor y un horror inimaginables.

Pronto llegó el llamado de refuerzos para que otros especialistas se unieran al cuerpo de consejeros de la universidad y de la comunidad. Muchos corazones habían quedado destrozados y hacían falta palabras de consuelo. No había tiempo para la superficialidad ni para respuestas a la ligera ante las profundas preguntas de las personas en cuanto al dolor, el sufrimiento y la maldad en el mundo.

Nuestros amigos que sufren tampoco necesitan superficialidad. Puede que nuestros motivos sean admirables, pero a un corazón desgarrado no lo ayudan en absoluto frases hechas tales como: «Dios sabe lo que es mejor», «Ella está muchísimo mejor ahora», «Dios tal vez se llevó a tu hijito(a) porque quería que fuera un ángel», o incluso «Tan sólo acuérdate que Romanos 8:28 nos dice que todas las cosas nos ayudan a bien».

Si usted realmente quiere saber qué decirle a alguien que está pasando por alguna tormenta, lea la profunda respuesta que Job les dio a sus amigos que lo visitaban.

REFLEJEMOS ESPERANZA

Job quería razones para tener esperanza. Les preguntó a sus amigos:

¿Cuál es mi fuerza para esperar aún? (6:11).

En el punto más bajo de su vida, él nos ofreció una vívida

ilustración de esta necesidad en su corazón:

> *Pero mis hermanos me traicionaron como un torrente; pasan como corrientes impetuosas que están escondidas por la helada, y encubiertas por la nieve; que al tiempo del calor son desechas, y al calentarse, desaparecen de su lugar; se apartan de la senda de su rumbo, van menguando, y se pierden. Miraron los caminantes de Temán, los caminantes de Sabá esperaron en ellas; pero fueron avergonzados por su esperanza (6:15-20).*

Job dijo que sus tres amigos lo habían decepcionado como un torrente seco. Como yo viví en Medio Oriente, puedo imaginar esto. Cada mañana mi esposa y yo hacíamos una caminata temprano antes de que el sol comenzara a calentar y pasábamos por un torrente seco como el que describió Job. Él necesitaba palabras refrescantes de esperanza, pero lo que escuchaba era tan seco como un desierto. El agua refrescante era lo que esperaba, pero fue la decepción lo que experimentó.

El Pastor Bill Hybels, en su libro *Simplemente Acércate a Ellos* (Zondervan, 2006, pp.162-163), resalta la necesidad que las personas desesperadas tienen de escuchar palabras de esperanza. Ofrece estas sugerencias:

- A aquellos llenos de vergüenza: «La gracia y el perdón te salen al encuentro».
- A aquellos atrapados en hábitos destructivos: «Cuando el Hijo te liberte, serás verdaderamente libre»
- A los débiles: «La fortaleza de Dios —el Dador de fortaleza— puede ser tuya con tan sólo pedirla».
- A los agotados: «Jesús promete descanso para tu alma».
- A los pobres, riqueza de espíritu.

- A los necesitados, provisión a su debido tiempo.
- A los que sufren, consolación y consuelo.
- A los enfermos y moribundos, vida eterna y cuerpos nuevos en la otra vida.

Esas no son palabras superficiales que debemos lanzar como respuestas fáciles para aliviar el dolor de otra persona. Cuando la esperanza ha desaparecido, palabras cosas esas pueden ser un regalo invalorable al sufriente si se comparten de manera sensible en el momento apropiado.

En medio del diálogo sombrío y deprimente con sus amigos, Job lanzó desde sus tinieblas algunas brillantes palabras de esperanza. Puede que queramos compartirlas al ministrar con compasión a nuestros amigos que están sufriendo. Lo que Job declaró es la máxima expresión de esperanza:

Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mi mismo, y mis ojos lo verán, y no otro (19:25-27).

Este es un pasaje digno de almacenar en nuestro banco de memoria y apoyarnos fuertemente en él al ministrar a aquellos que están sufriendo.

Mateo 11:28 es otro pasaje de las Escrituras que puede ser útil en épocas en que nuestros seres queridos están sufriendo y cuestionando a Dios. Los problemas de la vida, la muerte y las pérdidas pueden inducir a las personas a desafíar la sabiduría y el amor de nuestro Padre celestial. Pero Jesús les extiende esta invitación, la cual puede que queramos compartir con ellas en el momento indicado:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

Cuando aquellos que están sufriendo corran a los fuertes brazos de Jesús, descubrirán

todo lo demás que Dios ha provisto por medio de la cruz: un futuro asegurado en el cielo y un caminar con Dios en nuestro peregrinaje en este mundo. La mayor ayuda que les podemos dar a nuestros amigos cuando están pasando por momentos difíciles es colocarlos en los brazos de nuestro Dios sabio y bondadoso. Allí es donde se encuentra la esperanza.

HABLEMOS CON AMABILIDAD

Job también les dijo a sus consejeros otra cosa que necesitaba:

El atribulado es consolado por su compañero (6:14).

El cap. 6 nos ofrece una mirada sincera al corazón de Job. El hombre que había sido identificado como el «varón más grande que todos los orientales» (1:3) se había convertido en el sufriente más grande de esa región. Después de escuchar las dolorosas acusaciones de sus visitantes, anhelaba palabras amables pero veraces, compasivas pero sinceras.

Se tiene que buscar largo y tendido para encontrar una palabra amable dicha por alguno de los tres amigos de Job en sus extensos diálogos. La expresión más cercana a la amabilidad que puedo encontrar está en Job 4, cuando reconocieron que, en el pasado, las palabras de Job habían sostenido a los que habían tropezado y esforzado las rodillas que decaían (vv.3-4).

Pero Job anhelaba muchísimo más porque su dolor era profundo y la soledad estaba asentándose como la niebla matinal. Escuchémosle:

Hizo alejar de mí a mis hermanos, y mis conocidos como extraños se apartaron de mí […] Los moradores de mi casa […] me tuvieron por extraño (19:13,15).

No es de extrañar que Job anhelara algo de amabilidad. En efecto, lo que estaba

diciendo era: «Necesito cariño, no argumentos».

Yo sufrí la pérdida de mi primera esposa en 1979. Cuando estaba muriendo de cáncer, sus últimos meses en la tierra los pasó en la cama de un hospital en nuestra ciudad en Indiana. Ella recibía diariamente visita y asistencia médica para desahuciados. Además, nuestros amigos encontraron una manera de mostrar su amor hacia la familia. Nos entregaban comidas, nos llamaban por teléfono y nos enviaban tarjetas. La mayoría de las notas personales en las tarjetas de aliento fueron de ayuda. Las personas a las que mi esposa había aconsejado y ayudado antes de su enfermedad se ocuparon de expresar su gratitud. Sus palabras fueron amables y esperanzadoras; el tipo de palabras que Job anhelaba, pero que jamás escuchó de boca de sus amigos.

Así que, si usted desea ser un amigo sensible que le ofrece palabras amables a alguien que las necesita desesperadamente, ¿qué puede decir? Las palabras que provengan de su corazón son las mejores. Por ejemplo, dígale lo buen amigo que él ha sido para usted. Compartan un recuerdo inolvidable de algún momento en que estuvieron juntos. Dígale que él puede contar con usted para lo que él o su familia necesiten. Dígale: «¡Te quiero!» Hágale saber que lo puede llamar en cualquier momento. Comparta cómo lo ha ayudado él en su vida espiritual. Exprese la bondad de su corazón.

Hay un momento para traer a la mentebuenos recuerdos y brindar esperanza espiritual para el futuro. Pero también hay un tiempo para ser valientes y sinceros con las personas que están sufriendo.

COMPARTAMOS CON SINCERIDAD

En 6:25, Job confronta a sus acusadores y demanda hablar claro: —«palabras rectas».

¡Cuán eficaces son
las palabras rectas!
Pero ¿qué reprende
la censura vuestra?

Él quería saber lo que ellos habían encontrado en su vida que fuera la causa de tan intenso sufrimiento. ¿Dónde había hablado él falsamente?

Cuando nuestros seres queridos están sufriendo, puede que tengan preguntas serias acerca de lo que les está pasando. Como la tragedia los va a llevar a dar una vuelta en una montaña rusa emocional, es importante escuchar, ser sensibles a sus sentimientos y permitirles dirigir la conversación. También sería de ayuda pedirles con cautela, aunque con valentía, que nos digan con qué preguntas están luchando. ¿Tienen dudas y temores de lo desconocido?

Los pacientes que saben que están desahuciados han confesado que quieren hablar con alguien acerca de la condición en que se encuentran y cómo se sienten. Quieren un amigo que les pregunte acerca de sus temores y sí, sobre la muerte. Pídale a Dios que le muestre si usted debe llevar la conversación a ese nivel de sinceridad.

Suponga que el dolor que su ser querido está experimentando es la agonía de un divorcio. Usted puede ponerse a su disposición con un oído atento y un corazón compasivo. Pero también puede ir más allá. Job dijo que las palabras sinceras pueden ser dolorosas (6:25). Y Salomón escribió: «Fieles son las heridas del que ama» (Proverbios 27:6). Entonces, ¿qué clase de palabras podrían considerarse sinceras durante los primeros meses de recuperación después de un divorcio? Palabras como:

- «En este momento te encuentras en una posición extremadamente vulnerable, tanto física como emocionalmente. Por favor, guarda tu corazón, tu mente y tu cuerpo».

- «Tal vez, lo mejor sería no tomar ninguna decisión apresurada en cuanto a finanzas o vivienda».
- «Querrás estar listo(a) para la confusión que vivirán tus hijos cuando experimenten los derechos de visita».

Los que se encuentran en una situación dolorosa necesitan las palabras sinceras y útiles de un verdadero amigo. Eludir la verdad a menudo crea una tensión innecesaria.

Recuerdo cuando nuestros hijos eran pequeños y su abuela estaba muriéndose de cáncer. Tomamos a nuestros hijos y emprendimos un viaje de muchos kilómetros para hacer una visita difícil. Lo que lo hizo tan complicado fue que nadie había hablado sincera y abiertamente con ella acerca de su enfermedad e inminente muerte. Las conversaciones junto a su lecho eludían la verdad y se mantenían a un nivel superficial. Había un «elefante en la habitación» del que nadie quería hablar.

Sin embargo, abajo, en la cocina, se mantenían conversaciones sinceras y en susurros acerca de la muerte. Nuestro hijo de siete años escuchó las palabras: «La abuela se está muriendo». Y con la inocencia propia de su niñez, subió a la habitación de ella y simplemente le dijo: «El abuelo dice que te vas a morir».

Dios usó a ese niñito para decir la verdad. Aunque no fue de la mejor manera, el código de silencio se rompió. Hubo lágrimas, abrazos y, al final, todos pudimos hablar con sinceridad. Habíamos entrado al mundo de la realidad y podíamos lidiar con los problemas que se nos presentaban de una manera abierta, amorosa y sensible.

Los niños pueden decir las cosas de sopetón. Nosotros, por el contrario, necesitamos la ayuda del Señor para aprender cómo ofrecer palabras sinceras y

así ayudar a nuestros amigos que sufren al atravesar momentos difíciles.

ENFRENTAR EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO

La vida está marcada por sucesos de sufrimiento, tanto grandes como pequeños. Algunos (como el huracán Katrina) son la consecuencia de un desastre natural que impactó comunidades enteras causándoles pérdida, dolor y gran pena. Otros (como el Holocausto) son el fruto de la maldad humana que tiene un profundo efecto en el mundo. E incluso hay otros que son sumamente privados y que afectan tan sólo a una persona o a una familia.

En todos estos casos, se encuentra un hilo común: la lucha por entender el sufrimiento y por qué ocurre.

Desearía que los capítulos finales de Job tuvieran la respuesta. Si leemos el libro de Job hasta el capítulo 38, cuando Dios finalmente habla, esperamos descubrir algún tipo de respuesta definitiva al problema del sufrimiento humano. En cambio, la historia da un brusco giro. Dios no da respuestas; Él simplemente hace preguntas. De hecho, preguntas científicas que abarcan los campos de la zoología, la astronomía y la meteorología, entre otros.

Job estuvo delante del Dios Todopoderoso en atónito silencio. Él quería saber «Por qué», pero Dios respondió diciéndole «Quién».

La lección para Job (y para nosotros) es ésta: *Si Dios puede hacer funcionar el universo de la manera tan espectacular como lo hace, podemos confiar en Su amor y sabiduría en cuanto a los misterios inexplicables y desconcertantes de la vida.*

Lea Job 38 y 39 cuando esté enfrentando el misterio del sufrimiento. Y cuando escuche las preguntas de aquellos que están pasando por momentos difíciles, confíe en que Dios será quien dará el mayor y definitivo consuelo.

Si Dios puede hacer funcionar el universo de la manera tan espectacular como lo hace, podemos confiar en Su amor y sabiduría en cuanto a los misterios inexplicables y desconcertantes de la vida.

TENDER LA MANO

La historia de Job termina con que sus tres amigos son reprendidos por el Señor y Job es restaurado de manera asombrosa. Él oró por aquellos que miserablemente habían intentado consolarlo, pero que fueron una gran decepción para él. Luego el Señor cambió totalmente las circunstancias de Job, y «aumentó al doble todas las cosas que habían sido de [él]» (42:10). Tuvo otros diez hijos, y sus alegres chillidos llenaron las habitaciones de su hacienda. ¡Qué gran final para 41 capítulos llenos de dolor!

Entonces, ¿cómo nos ayuda el final de la historia de Job a servir a algún amigo que ha sufrido una gran pérdida? Job recuperó sus rebaños y recibió una nueva familia. ¿Acaso esto indica que podemos prometerles a las personas un final feliz?

El gran capítulo de la fe de Hebreos 11 puede

ayudarnos a responder esto: Algunos «evitaron filo de espada» (v.34) y algunos fueron «muertos a filo de espada» (v.37). Así como hay un misterio en el sufrimiento, también lo hay en la recuperación.

No sabemos qué hará el Señor en el futuro por nuestro amigo o ser querido que está luchando, pero podemos ser una fuente de aliento al dedicar el tiempo necesario para escuchar y usar palabras de esperanza, amabilidad y sinceridad.

Así que, vaya hacia la persona que está luchando en su hora de necesidad. Vaya con confianza. Vaya con un oído atento. Y vaya animado con las palabras de la promesa de Jesús:

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mateo 25:35-40).

Al tender la mano con la compasión y el cuidado de Cristo a las personas que están sufriendo, les estamos extendiendo Su amor. De hecho, al servir a los que sufren, lo servimos a Él.

«Bendito sea Tu nombre» (p.9) por Matt y Beth Redman, © 2002. Thankyou Music. Todos los derechos reservados.